

bio de productos locales; con el Japon la China y la Australia, las Filipinas y las grandes Indias las comunicaciones son casi diarias y el comercio con estos países resume por las Californias todo el tráfico sin contar las producciones particulares de que el Japon y la China tienen el monopolio.

Si San Francisco no fuera una ciudad mercantil, todo este movimiento debería estrañarnos porque hace apenas diez años, bajo el modesto nombre de *yerba buena*, San Francisco yacia ignorada, perdida en un recodo de la bahía que le dió su actual nombre. El descubrimiento del oro y la conquista del país por los americanos, dos acontecimientos que tuvieron lugar casi á la misma hora, transformaron el lugarejo como con un golpe de varilla mágica y San Francisco desconocido hasta entonces lanzó su nombre á los cuatro ángulos del globo. Actualmente no solo es una ciudad mercantil de primer orden, si que tambien un centro industrial de gran importancia que encierra grandes talleres mecánicos, máquinas, fábricas y manufacturas de todas clases. Es tambien una ciudad intelectual, que no tiene menos de treinta y cinco periódicos, escritos en todas las lenguas del mundo y discutiendo todas las materias: el comercio, la industria, las bellas artes, las ciencias, todo se trata en ellos, correspondiendo á sus títulos y propósitos. San Francisco tiene tambien mas de cuarenta iglesias ó capillas de todas las religiones conocidas, aun las de Budha y Confucio; finalmente, unas treinta escuelas públicas, sin contar los establecimientos particulares, están abiertas á la juventud estudiosa. Al mismo tiempo y como para coronar un progreso tan laudable, una multitud de sociedades religiosas, literarias ó filantrópicas estienden por todas partes sus benéficas ramificaciones. Bibliotecas públicas, sitios de reunion, cafés, teatros, salas de concierto existen tambien en gran número y los habitantes de San Francisco pueden estar satisfechos de la situacion en que se hallan.

Las cercanías de la ciudad están adornadas de bellos jardines y de elegantes quintas, donde los ciudadanos acomodados han instalado su residencia. Los americanos van allí á gozar las dulzuras del hombre como llaman al hogar doméstico. Es un placer que nosotros no sabemos proporcionarnos en Europa donde las mas veces nuestras oficinas están al lado de nuestros dormitorios. El americano como el inglés sabe mejor establecer la diferencia y para él el *office* ó la oficina está en la ciudad, el hombre en el campo ó lejos del bullicio.

Yo esperaba, al llegar á San Francisco, encontrar no solo una poblacion mezclada, sino tambien un *laissez aller* de los mas completos, una libertad enraizada californiana. A pesar de las seguridades reiteradas de uno de mis compañeros de viaje que habia

asistido poco á poco á la trasformacion que se habia hecho, persistí mientras estuve á bordo en representarme el tipo del sanfranciscano tal como se imagina aun en Europa. El sombrero mejicano, la camisa de lana roja, el amplio pantalon que desaparece á media pierna en un enorme par de botas, un cinturon ajustando el cuerpo y suspendiendo al cuchillo y el revólver: tal debia ser, en mi juicio, el traje mas elegante del californiano. ¡Cuál seria, pues, mi admiracion al desembarcar en San Francisco y ver las modas de Europa! El sombrero de seda pasando entre las manos del americano á las dimensiones de un doble decálitro: el cuello postizo de incómodas proporciones, la corbata de pliegues apopléticos, la camisa de tela fina y blanca irrepachable, levita y pantalon negros, el redingot y el paletot reinan soberanamente en San Francisco, lo mismo que en toda la América. Por todas partes, donde el francés, el anglo-americano ó anglo-sajon han puesto los pies, toda poesia de traje local ha desaparecido, y sujetamos á todos los pueblos á nuestras modas ridículas. Las costumbres pintorescas se van como los dioses. El kanaque de los saudwich y de Taiti ha renunciado á los vestidos de sus padres: Kamehameha lleva un pantalon y una levita; Pomaré crinolinas y un vestido de volantes.

Invitado, algunos dias despues de mi llegada á San Francisco, á una soirée en el consulado de Francia debí ponerme como los demás. Un par de borceguines barnizados, cuya compra hice en casa de un zapatero francés, no me costó menos de 50 francos y un sombrero que me costó igual cantidad. Bien conocí que esto era muy caro, pero me dijeron que en cierto tiempo, que no estaba muy lejano, aquellos mismos objetos, costaban diez veces mas: un huevo valia 5 francos, una gallina hasta 50. Yo sabia todo esto y pagaba sin hacer objecion. Tuve luego la suerte de encontrar en un rincon de mi maleta los tradicionales pantalones, chaleco y levita negros, que habia guardado no sé cómo y así vestido me fuí al consulado. Mr. y Mad. Gautier hacian con gracia encantadora los honores de la casa. La sociedad era escogida en cuanto á hombres. Entre otros citaré al honorable M. B., editor entonces del periódico italiano de San Francisco, y M. D., rico banquero corresponsal de la casa de Rostchild. Las damas faltaban y no podia ser otra cosa en un país en que las mujeres llegan apenas á la cuarta parte del número de los hombres. La comida no fue menos espléndida. Las frutas mas regaladas y las mas sabrosas legumbres abundan en las Californias; el pescado es siempre fresco y las carnes excelentes. La pastelería es obra de nuestros compatriotas que saben mantener la fama de los hornos parisienses. No escasean tampoco los vinos y el champaña de los Angeles com-

pite casi con el de Reims, que puede tambien procurarse fácilmente.

No hay que pararse ni vagar por las calles: los americanos tienen horror á estos paseantes. Yo solo encontraba en ellas gentes ocupadas yendo y viniendo y chocando con otros transeuntes sin mirarlos tan siquiera. Cada uno en los Estados-Unidos tiene su fortuna que hacer y poco tiempo que dar á distracciones inútiles. En el guardacanton de la calle de Montgomery solia encontrar á ciertas horas del dia una multitud compacta de *politiciens*, gente que se ocupa en las elecciones. Las votaciones se renuevan á cada instante en este país donde el pueblo nombra á todos los funcionarios, hasta los jueces. En el ángulo en que se agitan los *politiciens* está instalado el *bar* (despacho de licores), que es el mas célebre de todas las Californias y en el que tiene lugar al medio dia uno de los *lunch* mas frecuentados de la ciudad. En este establecimiento tiene derecho de entrar todo pasajero á tomar parte en lo que allí hay. La sopa de ostras, el tocino con judías, el *roast beef* con patatas, todos manjares sacramentales, están espuestos en una mesa con menudos pedazos de pan. Cada cual de los asistentes se apodera de un plato y come de pie. Despues van al contador á tomar un vaso de *claret* (Burdeos) ó de *sherry* (Jerez), solo se paga por la bebida (1 franco 25 céntimos aproximadamente). Los que no beben no pagan; y así que muchos familiares van de *lunch* en *lunch* á satisfacer sus necesidades gratuitamente, llenando el estómago y aun los bolsillos para todo el dia.

Los establecimientos de *lunch* compiten no solo en las bebidas, sino tambien en la abundancia y baratura de los géneros alimenticios. Los mercados de San Francisco son de los mas provistos: el *restaurant Barnum* que tenia en 1859 el francés Mr. Martin, no tenia nada que envidiar á las casas mas famosas de París. En San Francisco, como en Nueva-York, tienen la costumbre de hacer ellos mismos la compra. El fenómeno de estos compradores de levita no era el que menos llamaba mi atencion, cuando acompañaba á mi huésped á hacer las provisiones del dia, que nos enviaban luego á domicilio. Algunos americanos desconfiados van y vienen con su canasto al brazo.

En mis escursiones diarias por en medio de San Francisco, estudiaba no solo á los habitantes y sus costumbres, mas tambien la ciudad misma. Admiraba sus magníficos almacenes con sus resplandecientes vidrieras, donde las telas mas preciosas y las mas ricas alhajas estaban de manifiesto. Estaba al mismo tiempo admirado de las proporciones monumentales de la mayor parte de los edificios. El *bloc* de la calle Montgomery, una de las casas mas grandes del mundo, es tambien uno de los mejor ordenados por la

arquitectura exterior. Debo citar en el mismo grado la casa en que el rico banquero Wells Fargo ha establecido sus oficinas que son un verdadero ministerio. Toda es de piedra de granito, traída de la China labrada al pie de la cantera en una época en que la mano de obra estaba mas cara todavía en San Francisco. El correo, la aduana, la casa de la villa, el hospital de la marina son tambien edificios dignos de mencion, como igualmente una multitud de iglesias, cuyos campanarios generalmente góticos elevan sus cúspides por encima de las casas.

La mayor parte de estas casas son aun de madera y á este género de construccion se debe la facilidad de sus mudanzas. Yo veia ordinariamente que se trasportaban en carretas bajas, provistas de fuertes ruedas. Muchas veces los habitantes no desocupaban sus casas y proseguian en sus ocupaciones. Otras veces, si no se mudaba la casa, se la elevaba sobre sus fundamentos, dándole el alineamiento apetecido por medio de máquinas aplicadas á sus cuatro ángulos. Un vasto hotel sufrió esta operacion durante muchos dias, sin que ninguno de sus numerosos habitantes se inquietara lo mas mínimo.

Si la mayor parte de las casas de San Francisco son aun de madera y la ciudad no está menos al abrigo de esos siniestros sin número que marcaron tan tristemente su nacimiento. Por eso se ha organizado un sistema perfecto contra el fuego. Dos hombres hay siempre en observacion sobre una alta torre de la city hall ó casa de la villa y tocan á rebato á la menor señal de incendio. Entonces en todos los extremos de la ciudad se ponen en movimiento las bombas y todos los cuerpos de bomberos voluntarios rivalizan en valor y celo compitiendo en presteza para llegar primero al teatro de la catástrofe. El fuego se apaga prontamente, pero tanto trabajan las bombas que una parte del edificio queda demolido así por el elemento destructor como por el preservativo. Siempre me chocó en San Francisco el extremo de los bomberos por llenar su deber. Nuestros compatriotas se distinguen entre los mas audaces y la compañía Lafayette se ha hecho siempre notar honrosamente en todos estos siniestros.

En cuanto á la bomba, es el niño mimado de todas las compañías, y cuando se apaga el incendio, se la lleva en triunfo á un edificio especial, hecho espresamente para guardarla, bajo la responsabilidad de un bombero. Alrededor de la sala están inscritos los títulos de gloria de la compañía, ó mas bien del instrumento que la representa.

Al lado de los cuerpos de bomberos hay que mencionar á los guardias nacionales, entre los cuales brillan tambien nuestros compatriotas en primera línea. ¡Tiene tanto atractivo el uniforme!

Para un viajero desocupado no faltan en San Fran-

cisco elementos de estudio y yo me complacia en observar todo: el clima únicamente me parecía insostenible. Desde luego diré que no había estío, á pesar de la estación en que nos encontrábamos. Era menester vestir siempre de invierno, y desde las nue-

ve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, una brisa glacial arrastrando la arena de la playa llenaba las calles de frío y polvo. Este es el clima de San Francisco, debido sin duda á su situación particular, mientras que en el interior un eter-



Banqueros chinos en San Francisco.

no estío hace de las Californias un paraíso terrenal.

Terminaré este artículo con algunos detalles sobre la población de la reina del Pacífico. San Francisco contaba en 1859 cerca de ochentamil habitantes, de los cuales cincuentamil eran de sexo masculino y de raza blanca. En este número los extranjeros entraban poco más ó menos por una novena parte. La cifra de las mujeres era de menos de veinte y cinco mil. El resto de la población se componía de cuatro ó cinco mil chinos y de unos mil quinientos ó dos mil negros. En las ciudades del interior y sobre todo en los antros mineros el número de mujeres desciende al tercio, al cuarto y aun al quinto de los hombres. En cambio el número de los chinos aumenta considerablemente; pero los americanos piensan con razón que esto no establece una justa compensación.

II.

DE SAN FRANCISCO Á STOCKTON Y Á CULTEVILLE.

Partida.—El vapor *Bragdon*.—Bahías de San Francisco, San Pablo y Suisun.—San Joaquin.—Stockton.—El coche.—La mesa de hospedaje de Knight's Ferry.—Automedonte americano.—La cuna de lavar oro.—Vaivenes y sacudidas.—El wagon.—Vegetación natural.—La Hiedra.—Serpientes de cascabel.—Arribo á Culterville.—Recuerdos mitológicos.

San Francisco, que me ocupó por espacio de quince días, y á donde había yo de volver muchas veces, no era la única ciudad de California que picaba mi curiosidad. Deseaba ver también el interior de este interesante país y el 17 de junio me embarqué á bordo de un vapor de los que hacen el servicio de la ba-

hía y de los ríos de la comarca. Estreché, pues, la mano de mi huésped, en cuya casa había pasado tan gratos momentos, y cuyo tierno hijo de cabeza rubia y su mujer, la irlandesa más cumplida habían embellecido nuestras reuniones y tomé otra vez mi bastón de viajero en compañía de un californio de los primeros días y un compatriota, Mr. P., con quien

iba á recorrer los condados de Tulomne, San Joaquin, la Mariposa y la Merced.

El *Bragdon*, vapor en forma de casa flotante, como los del Hudson, el Dalaware y el Misisipi, apenas nos recibió á bordo, salió á la mar rápidamente. Los wharves se alejaron muy luego delante de nosotros y la ciudad parecía también huir.



Chinas, mujeres de comerciantes en San Francisco.

El interior de nuestro barco era de los más elegantes. Un gabinete decorado con lujo estaba reservado para uso especial de las señoras, á las cuales, así en California como en todos los Estados-Unidos, se profesa la más respetuosa deferencia. Pasamos por la travesía del *golden gate* y costeamos algunos islotes de la bahía. Una inmensa nube de pelícanos, filócroras y otros pájaros marinos, hartos de pescado venían á depositar allí el producto de su laboriosa digestión ensayando así la confección del moderno guano. Muy luego entramos en la bahía de San Pablo que sigue á la de San Francisco. Allí las aguas se hicieron repentinamente límpidas, las orillas se elevaron y creíase uno en un lago de la Suiza. A la derecha el Monte del Diablo alzaba su redonda cú-

pide hasta 4,000 pies de altura. En la bahía barquillos de blancas velas que hinchaba la brisa de la tarde pasaban á cada instante á nuestro lado.

Desde la bahía de San Pablo entramos por un estrecho paso en la de Suisun, así llamado de la tribu india que pobló sus orillas largo tiempo. Acabábamos de dejar á la izquierda á Mare-Island y los grandes arsenales de la marina federal del Pacífico, y en breve descubrimos á Benicia, donde están establecidos los cuarteles del ejército de tierra, como los grandes talleres de la compañía postal de los barcos de vapor.

Benicia, la Venecia californiana, y en frente Martinez, ciudad agrícola, guardan como dos centinelas la entrada de la bahía Suisun. Desde esta bahía pasamos al río San Joaquin de márgenes bajas y fan-

gosas. San Joaquin desemboca casi en el mismo punto que el rio Sacramento, y estas dos corrientes de agua, reunen á la singularidad de una desembocadura casi comun, una direccion opuesta y completamente simétrica: el uno, San Joaquin, viene en línea recta del Sur; el otro, el Sacramento, del Norte.

Ya en Stockton, el 21 de junio por la mañana, P. y yo bajamos á tierra y visitamos la ciudad. Segun mis cálculos, podia comprender unos diez ó doce mil habitantes. Hace un comercio importante y en ella se embarcan grandes cantidades de trigo de las Californias. Sus cercanías están embellecidas de olorosos jardines, y mas á lo lejos, se extienden fértiles llanuras, donde se recolectan cereales. La ciudad está bien trazada y posee algunos bellos edificios. Hay en ella un pozo artesiano muy curioso, que suministra agua á todos los habitantes. Tambien hay numerosos hoteles á la americana y un restaurant francés decorado con el nombre de Lafayette y del cual fuimos durante todo el dia que pasamos en Stockton sus más fieles clientes. Sentimos vivamente que no hubiera en él habitación que darnos y fuimos al hotel americano á que nos devoraran los mosquitos, á los cuales mantiene en gran número la vecindad de San Joaquin. Y son, por cierto, de la mas bella especie: solo en los trópicos los he visto tan gruesos y encarnizados.

En Stockton está establecido el hospicio de los enagenados, al que hicimos tambien nuestra visita. Triste es decirlo, pero encontramos llenas todas sus celdas. La locura furiosa y el *delirium tremens* hacen muchas víctimas en las Californias, una á lo menos anualmente por cada mil habitantes. La falta de satisfacciones morales, sobre todo en los mineros, el abuso de las bebidas fuertes y alcohólicas, la privación de la sociedad de las mujeres, todo esto entra por mucho en las causas de un hecho tan lamentable.

Despues de esta primera ojeada sobre Stockton, P. me presentó á algunos compatriotas establecidos en el pais. Todos juntos fuimos á *trincar* como verdaderos *yankes*. Despues como el calor se estremara y al frio de San Francisco habia sucedido la temperatura mas alta que me hubiera indicado aun el termómetro, fuimos á reposar á la sombra. Allí se habló de todo, de Francia, de California, de América y de los viajes. P. que sabia de memoria todo su Beranger, me recitó gran número de versos de este poeta favorito. Estábamos á muchos miles de leguas de la Francia y Francia parecia estar á nuestro alrededor. Un dia tan bien empleado; terminó por una partida comun de natacion.

El 19 de junio tomamos asiento en una de las diligencias públicas ó *stages*, que van á las minas del Sur, y nos dirigimos, línea recta, á la ciudad de Knight's Ferry á la orilla del rio Stanislaio, tributa-

rio de San Joaquin. Atravesamos los campos de Stockton, cubiertos de plantíos, en que á derecha é izquierda, se alzaban elegantes *villas*, grandes quintas y numerosas estaciones para los carruajes que surcan estos parajes.

De vez en cuando solíamos encontrar una de esas carretas que los americanos llaman *wagones*. Tirados á veces por ocho ó diez pares de mulas, llevan hasta 10,000 kilogramos de mercancías en un solo viaje y hacen el servicio de las minas. Por medio de ellas reciben los mineros pólvora, herramientas, vestidos y los víveres que necesitan. Verdaderas arcas de Noe avanzan con frecuencia en largas filas por los caminos del pais levantando nubes de polvo que la estación seca del estío y el abandono de los caminos hacen inevitable.

El carruaje en que habíamos montado y que los americanos llaman *coach* ó coche se asemejaba á esos enormes vehículos de los siglos pasados que representan nuestros antiguos grabados. Nueve asientos tenia iguales en precio. El cupé y la rotonda son completamente desconocidos de los americanos, cuyas costumbres republicanas no permiten estas aristocráticas distinciones. Tampoco hay ningun derecho de prioridad, reservándose los delanteros á las señoras aunque hayan venido las últimas. En medio del carruaje hay tres asientos bastante cómodos, bien que el viajero solo encuentre por todo respaldo un correon de cuero.

Los chinos, á quienes no se les permitira en el interior, suben al imperial, al lado del conductor y allí tambien se colocan los viajeros aficionados al paisaje. Detrás del carruaje se cargan los equipajes, que un cuero preserva del polvo y de la lluvia. Las maletas no son jamás muchas ni pesadas y los *yankes* están muy acostumbrados á viajar para llevar consigo otra cosa que una pequeña balija ó un saco de noche. Aun suelen prescindir de todo equipaje.

En este vehículo, que acabo de describir, tenia lugar mi primera escursion en la tierra de California. El carruaje, perfectamente relleno y suspendido no hacia menos de 3 ó 4 leguas por hora. Todos los asientos iban ocupados con tres señoras, dos campesinos, un minero, un comerciante, P. y yo. El calor era sofocante; íbamos cubiertos de polvo y á cada instante rudos vaivenes nos aporreaban haciéndonos reir en gran manera. Los tableros y el techo del carruaje mostraban á mi vista sus pinturas de vivos colores, entre otras, ninfas muy despechugadas, mientras que el esterior me presentaba un paisaje de los mas nuevos para mí. Pero apenas se daba tiempo para relevar y yo hubiera deseado un viaje menos acelerado. En Knight's Ferry paramos, no solo para remudar, sino tambien para almorzar: habíamos hecho 12 leguas en tres horas.

Un elegante salon de descanso permitió á las señoras reparar previamente su *toilette*. Para nosotros los hombres, se habia dispuesto otra sala precedente á la del festin, donde encontramos algunos lavabos y una tohalla comun. Un peine suspendido de un cordón á la pared, debia servir igualmente para todos. Finalmente, unos cepillos y betun completaban estos aparatos de *toilette*. Mi escursion en los Estados-Unidos me habia puesto ya al corriente de estas costumbres democráticas de que no me admiraba ya. Despues de asearme ligeramente pasé á la sala del festin, donde me senté entre un minero y un campesino de tostada tez. Mi compañero, un poco tardío, se colocó luego como pudo.

No he hablado aun del modo de servir estas comidas americanas, y es ya tiempo de decir algo sobre ello.

Sobre una mesa de dudoso mantel se ofrecen en pequeños platos algunas legumbres cocidas. Aquí un nabo ó una chirivía, allí una cebolla ó una patata. Cada cual pincha con su tenedor la muestra colocada delante de él. Luego viene el plato fuerte, la carne de vaca ó de carnero que se sirve á la redonda y se acaba por un plato de dulce. Todo se come en el mismo plato y en menos de diez minutos, porque el tiempo es oro, *time is money*, axioma inglés muy comun en los Estados-Unidos. No hay servilletas, y cada cual se limpia como puede, en su pañuelo ó en la parte de mantel que ante sí tiene. El americano se apoya de codos sobre la mesa; pero aparte este pequeño defecto, es un comensal con quien se puede uno sentar, cualquiera que sea. Ninguna disputa ni grito ninguno viene á interrumpir el silencio de la mesa.

Despues de esta comida de espartanos, en que solo se bebe agua por la mañana y té ó café por la tarde se pasa al despacho ó se paga el escote. Allí el *yanké* tiene la costumbre de beber algo espirituoso para ayudar á la digestion. Tengo por los Estados-Unidos en general y por la California en particular la mas profunda admiracion; pero debo confesar que nunca me he podido acostumbrar á la manera de comer de los americanos. Lo he descrito á grandes rasgos. ¿Qué seria si entrara en pormenores?

Apenas hubimos acabado nuestra comida, el *automedon* que conducia nuestro carruaje vino á avisar que era ya hora de partir. Ya habia hecho la remuda y todo estaba dispuesto para la marcha. En los carruajes americanos no hay conductor; el postillon hace todo el servicio y solo corre todo el trayecto. El carga y descarga el equipaje, cuida de los viajeros, vigila el cambio de diligencias y no acepta por tantas fatigas propina ninguna. Este hombre es, como otro cualquiera, un ciudadano americano, un *gentleman*; pero si se le ofrece un vaso de *brandy*, de *gin* ó de

whisky, acepta de buena voluntad, porque seria impolitico rehusar, y bebe á nuestra salud con todo el *decorum* y las formas todas de que se valen los americanos en acto tan importante.

No bien subimos al coche, nuestra infernal mansion, cuando ya el postillon conduciendo con grandes guias los seis bucéfalos confiados á su segura mano, nos lanzaba al galope hácia el puente de Knight's Ferry. Salvamos el Stanislaio en un abrir y cerrar de ojos, y la bella ciudad donde acabábamos de parar, desapareció muy luego de nuestra vista. Algunos mejicanos y chilenos, numerosos chinos, bastantes franceses y alemanes divagaban por calles y plazas. Comprendí que salíamos del distrito agrícola, atravesado hasta allí, y que entrábamos en los departamentos mineros, territorio de los lavaderos de oro. Haciendo esta reflexion, atrajo mi atencion de pronto el monótono ruido de un aparato, al cual imprimia un movimiento oscilatorio un chino sentado al borde de un arroyo, P. me esplicó que este aparato era el *rocker* ó cuna que sirve para lavar las tierras auríferas. Yo habia leído en Francia la descripción de este ingenioso aparato y me alegré de verlo funcionar.

El *rocker*, que los americanos llaman tambien *cradle* palabras inglesas que significan *cuna*, toma su nombre asi de su forma como del movimiento particular que se le imprime. Consta de tres partes, una superior, llamada el *tamiz*, otra inferior, que es el tablero, formado de un simple pedazo de tela clavado en un bastidor: el cuerpo del aparato, la caja, contiene las dos partes precedentes y está provisto por debajo de patines. El lavador tiene con una mano la cuna y con la otra rocía las piedras y arenas sobre el cedazo ó tamiz: el agua arrastra la tierra y el oro queda en el tablero.

Los mineros se dan por satisfechos hoy, si al fin del dia la recoleccion de barritas de oro llega á dos *dollars*, ó sean diez francos por cada trabajador. Pasaron ya los tiempos en que un solo minero recogia con frecuencia hasta una onza de oro diariamente, y á veces muchos granos tamaños como el puño que lo hacian millonario en poco tiempo. Asi que el lavadero se ha abandonado casi enteramente á los chinos que son trabajadores incansables. Se los suele encontrar en gran número á lo largo de los arroyos y rios, y responden de buena voluntad al nombre de John que les han dado los americanos sin duda en un momento de buen humor se les llama tambien en masa *celestiales*, espresion inglesa que equivale á hijos del Celeste Imperio.

Mientras que mi vecino P. me daba todas estas esplicaciones, avanzábamos rápidamente; pero á un terreno llano hasta entonces sucedió luego un suelo pedregoso. Los vaivenes del carruaje se hacian inso-